

# La poesía como ejercicio de libertad

Autor de los poemarios **Karra Maw'n** y **Primer arqueo**, Clemente Riedemann ha obtenido este año el Premio Pablo Neruda. Poeta del sur, pero sin exotismos ni pintoresquismos, Riedemann se considera un escritor de este tiempo. Sin duda que lo es. Estas fueron sus palabras al agradecer tan significativo galardón

Hace veinte años, en Valdivia, el poeta Walter Hoefler escribió: *A través del estrecho mirador de la atalaya alguien observa sin reconocer mi antigüedad que viene a reabrir pasos y colaciones anteriores a su recuerdo, miradas que buscan pervivir y anular el dolor de imposibles tentivas...* (**Voces y resonancias**, 1969).

En los ojos de aquel furtivo espía cobijado en la estructura de unas ruinas coloniales, creí leer una opción para la poesía, una escritura que, sin despreciar los elementos cosmopolitas, pudiese integrar a la cultura chilena ciertos rasgos locales afinados en una historia particular caracterizada por novedades étnicas y lingüísticas inencontrables en otras regiones del país y que significaran una contribución —al menos desde el menguado estrado de la poesía— en el proceso de re-escribir parte de esa misma historia, asumiendo la responsabilidad adjunta de desconstruir una delicada zona de las mitologías oficiales.

Me pareció y decidí ver en esas líneas, el destello de argollas y grilletes, la refinada bellaquería del corsario y el crucifijo de hueso del santurrón metido a cura. Inventé que esos versos querían decirme que en los muros de las fortalezas la gente anota el día y la hora que podrán fin al esplendor que las edificó y que, por contraste, las palabras persistentes, porfiadas, misteriosamente se de-

fienden de la muerte merced a su sola arquitectura conceptual.

Ahora el verano está próximo y en el sur los campos están cubiertos de margaritas. En medio de ellos, las vacas, con el hocico, buscan a Whitman y avanzan a cien kilómetros por hora en dirección del agua que se ha acumulado al pie de los volcanes. El chacay apaga recién su maravilla y enciende las púas en que el tábano se balanceará hasta el día de San Sebastián. Los notros enrojecen las carreteras que, húmedas al amanecer, pueden, si ese es nuestro deseo, elevarnos sobre la geografía para estar azules o para pasar, perpetuamente, de uno a otro lado de la ventana, como las nubes de Magritte.

## "Soy un escritor de mi tiempo"

Que no se exagere la residencia provinciana de esta escritura. Hoy en día la información ha democratizado sus referentes y ha diversificado sus flujos de distribución, de tal manera que ha dejado de ser expresión del poder metropolitano en perjuicio de la periferia. No hay exotismo, ni pintoresquismo regionalista en nuestra agenda: soy un escritor de mi tiempo, atento a los sucesos del lugar en que al azar establecí mi domicilio, pero abierto, también, a las señales distintas y nuevas que llegan desde el exterior, libre para incorporar todo cuanto me parezca necesario y bello para mejor decir lo que he venido a decir *presentándolo de tal forma, que el mundo reconozca su intangibilidad, y que la vida misma lo proteja*

(Alexander Blok, **El ocaso del humanismo**).

En mi trabajo, he permitido que las diferentes artes ocupen mi ánimo y que lo influyan con naturalidad, de manera que, a la hora de componer, pueda seleccionar aquellos elementos culturales que con mayor fuerza, profundidad y amplitud resuenan en mi mente, sin comprimir o expandir artificialmente la espontaneidad de mis sentidos y sin ajustarme con excesiva rigidez a ningún modelo de construcción elaborado de previo. Por ello, la colaboración con las demás artes me ha parecido un hecho de la mayor importancia y la experiencia de trabajo y amistad con los músicos Nelson Schwenke y Marcelo Nilo, y con el pintor Roberto Arroyo, pueden entenderse como prolongaciones de un mismo lenguaje en otra dimensión.

## "Lo que nos estaba ocurriendo"

Primero, hubo que contar al mundo lo que nos estaba ocurriendo. Pudimos callar, pero cantamos —¡Qué bueno fue que decidiéramos cantar!— y, entonces, los horrores de Trakl nos alucinaron: *Me vi pasar a través de habitaciones desiertas. / Las estrellas bailaban extraviadas sobre el fondo azul, / y en los campos aullaban los perros en voz alta, / en las cimas se arremolinaba salvaje el viento.* (Georg Trakl, **El horror**, 1909).

Después hubo que explicar al mundo cómo estábamos resolviendo nuestros problemas. Pudimos quedarnos en casa, pero investigamos —¡Qué honoroso fue descubrir bajo la tierra los huesos de los enterrados a la mala!— y, entonces, la primavera de Hölderlin nos redimió de la locura: *Son los poetas ánforas sagradas / donde se guarda el vino de la vida, / el espíritu de los héroes.* (Friedrich Hölderlin, **Buonaparte**).

Hacia adelante, nos queda la oferta de un nuevo lenguaje: palabras para consolidar el derrumbe del fanatismo, para elevar la confianza del hombre en su adultez sin "papá" ideología, ni "mamá" religión. Palabras para revocar una educación retrógrada, extemporánea y alejada de la vida concreta de la gente. Un lenguaje para expresar el modo de alcanzar una existencia adaptada a las transformaciones continuas y que ilumine la penumbra en que se procura mantener la identidad cultural de vastas regiones latinoamericanas.

En el sur, este año, se dieron bien las margaritas. Y no me es preciso deshojarlas, una por una, para saber que sus pétalos postreros exclaman todos: "Me quiere mucho".

Agradezco a Pablo y a Matilde por haber pensado en crear un estímulo a la obra de la primera juventud y, también, por prestarnos la casa. A la Fundación "Pablo Neruda" por formalizar este trascendente premio de carácter nacional. A los escritores Miguel Arteche, Jaime Quezada y Luis Sánchez Latorre, miembros del jurado, que —con su elección— me han distinguido para siempre. ■

